

Nietzsche. Crepúsculo de los ídolos. “La moral como contranaturaleza”

4. Voy a reducir a fórmula un principio. Todo naturalismo en la moral, es decir, toda moral *sana* está regida por un instinto de la vida; un mandamiento cualquiera de la vida es cumplido mediante con un canon de «debes» y «no debes», un obstáculo y una enemistad cualesquiera en el camino de la vida quedan con ello eliminados. La moral *contranatural*, esto es, casi toda moral hasta ahora enseñada, venerada y predicada se dirige, por el contrario, precisamente *contra* los instintos de la vida; es una *condena*, a veces encubierta, a veces ruidosa e insolente, de esos instintos. Al decir «Dios ve el corazón», la moral dice no a los apetitos más bajos y más altos de la vida y considera a Dios *enemigo de la vida*... El santo en el que Dios tiene su complacencia es el castrado ideal. La vida acaba donde *comienza* el «reino de Dios».

5. Suponiendo que se haya comprendido el carácter delictivo de tal rebelión contra la vida, rebelión que se ha vuelto casi sacrosanta en la moral cristiana, con ello se ha comprendido también, por fortuna, otra cosa: el carácter inútil, ilusorio, absurdo, *mentiroso* de tal rebelión. (...) De aquí se sigue que también aquella *contranaturaleza consistente en una moral* que concibe a Dios como concepto antitético y como condena de la vida es tan sólo un juicio de valor de la vida. ¿De *qué* vida?; ¿De *qué* especie de vida? Pero ya he dado la respuesta: de la vida descendente, debilitada, cansada, condenada. La moral tal y como ha sido entendida hasta ahora... como «negación de la voluntad de vida»— es el instinto de *décadence* mismo, que hace de sí un imperativo, esa moral dice: «*¡perece!*»: es el juicio de los condenados...